

Dado que no es costumbre habitual que se licite y airee en medio alguno el buen hacer de tantos y tantos profesionales que a diario hacen noble la misión del cuidado en áreas como la atención a los más mayores de nuestra sociedad o a los aquejados por heridas, escenarios ambos que dan vida a esta publicación, quisiera permitirme hacerles un modesto y cariñoso homenaje apelando a su reconocimiento y no a la ignominia.

En nuestra demarcación más cercana, en nuestro vivir profesional cotidiano, sabemos de aquellos profesionales con nombre y apellidos que destacan por su proceder, por su dedicación, por su valer y valor en el ejercicio de esta ciencia y arte que compartimos; pero me pregunto, ¿cuántas veces aplaudimos sus gestas y cuántas son tratadas estas con menosprecio o vituperio?

A mi juicio, ser una buena enfermera es implicarse en el ejercicio de una profesión todas las horas del día. Es laborar y reivindicar en el mismo ejercicio sin perder nunca de vista el objeto final de tus cuidados. Es lidiar con el dolor, el miedo, el desconocimiento, la desesperación del otro. Entiendo que una buena enfermera es aquella que se siente segura en su quehacer porque lo adecua al mayor y más actual conocimiento, parapetándose en un permanente interrogante y una sólida formación. Es, otras veces, reivindicativa con la propia organización sanitaria o sociosanitaria apelando a su falta de fortaleza o dejación. Es, las más de las veces, una mujer o un hombre de paso firme y seguro, y de vocación imperturbable.

Pero, amigos lectores, por las mimbres que dibujan este resumido perfil conquistan no ese merecido aplauso y el reconocimiento orgulloso de sus colegas y empresa, sino, a menudo, vacío, incompreensión, cuando no rechazo y crítica directa.

Es hiriente la incompreensión que las instituciones brindan con respuestas insensibles, nada meditadas y solo mercantiles a iniciativas que crees pueden mejorar la atención de las personas a las que te debes con un mínimo esfuerzo, pero a veces insoportable cuando las manifestaciones infamativas proceden de tu propio nicho profesional. En alto y en público, como suelen hacer los cobardes, ponen de relieve, no sin sorna, tu “dedicación especial”, “como si fueras a heredar la empresa”, cuando su activo, bien sabe ella o él, es la de hacer las cosas como sabemos que debieran hacerse. Son tildadas de “sabioncillas”, cuando en realidad lo que destilan es interés y un buen nivel de actualización en el área en el que se desenvuelven y que normalmente consiguen con un ímprobo esfuerzo personal. A menudo son apartadas del grupo porque trabajar junto a una de estas buenas enfermeras agravia y siempre genera más esfuerzo.

Afortunadamente son muchos los buenos y buenas enfermeras que encontramos en derredor, pero muchos de estos, lamentablemente, viven y se enfrentan a una injusta soledad impuesta por la apatía, el desencanto, cuando no la envidia de los otros.

A pesar de la dificultad de vivir la profesión día a día insultado por esta consideración, por favor, buena enfermera, ¡no cambies!, ¡no bajas la guardia!, y por nada del mundo tires la toalla mimetizándote con el resto.

Nuestros mayores, todos los pacientes mellados por sus heridas y la disciplina enfermera te necesitan. Trataremos de seguir creando espacios de encuentro científico y humano donde el idioma que se utilice y el clima que se crea sea totalmente distinto, el que realmente mereces.

Para ti todo mi reconocimiento.

J. Javier Soldevilla Agreda  
Director de *Gerokomos*. Director GNEAUPP